

LAS MUJERES DE LA ‘EDAD DE ORO’

INTRODUCCIÓN

<http://doi.org/10.54354/FATI2305>

El esplendor cultural de la Edad de Oro de Dinamarca durante la primera mitad del siglo XIX tuvo diversas manifestaciones. Siempre que era posible, la juventud danesa salía del pequeño reino para visitar las principales capitales europeas y después volver a casa con las últimas tendencias intelectuales y artísticas. Fue así que Bertel Thorvaldsen importó desde Roma la escultura neoclásica. Henrik Steffens, discípulo en Jena de Friedrich Schelling, llevó a Dinamarca la semilla del Romanticismo alemán. El gran reformador, Grundtvig, introdujo en el debate político danés el liberalismo británico y Heiberg, tras conocer a Hegel en Berlín, intentó popularizar el hegelianismo en la capital danesa. El mismo Heiberg llevó desde París el género liviano del vodevil para introducirlo en la escena del Teatro Real y el profesor Clausen sumó a los debates de la Universidad de Copenhague la revolucionaria teología de Schleiermacher. El liberalismo danés intentó seguir los ideales de la Revolución de Julio en París, y la monarquía constitucional danesa nació a partir de ese fenómeno político paneuropeo que fue 1848, el año de las revoluciones. Con tal efervescencia cultural, no es sorprendente que apareciera también en el pequeño reino escandinavo la cuestión social sobre la emancipación de las mujeres.

* * *

Con todo el lustre de sus artes y sus letras, la sociedad danesa de la Edad de Oro era profundamente conservadora y patriarcal. Las mujeres carecían de derechos legales. Naturalmente, tenían prohibida cualquier participación política, la cual estaba reservada a los varones. Pero tampoco tenían acceso a la educación y la mayoría de las profesiones les estaba vedada. En la práctica, mujeres casadas y solteras por igual no podían elegir el curso de su vida, lo cual significaba que, desde un punto de vista legal, se les trataba igual que a menores de edad. La función de la mujer danesa se reducía a su papel como madre y esposa.

A pesar de tal condición, hubo varios casos de mujeres notables que rompieron este esquema en la Edad de Oro. Quizá el ejemplo más ilustrativo

al respecto sea el del círculo cercano de Johan Ludvig Heiberg (1791-1860), el famoso dramaturgo, filósofo y crítico literario. Su madre, Thomasine Buntzen (1773-1856), mejor conocida como Madame Gyllembourg, recibió una esmerada educación privada, algo inusual para la época, y más tarde se convertiría en una de las novelistas más célebres de Dinamarca. Johanne Luise Heiberg (1812-1890), la esposa del escritor, era la actriz más famosa de la época, además de que su labor como editora y autora constituyen piezas fundamentales para entender la Edad de Oro. Por último, la novelista Mathilde Fibiger (1830-1872), una de las protegidas de Heiberg, fue una pionera en la lucha por la emancipación femenina y los derechos de la mujer, no sólo en el contexto danés, sino en toda Europa.

Sin embargo, incluso en las clases más ilustradas y progresistas se reproducía el trato inequitativo con las mujeres. Thomasine se casó a los 17 años con Peter Andreas Heiberg (1758-1841), un famoso intelectual y político liberal. Cuando en 1799 Heiberg padre fue exiliado a París por sus críticas al gobierno, Thomasine, quien nunca había sido feliz en este matrimonio, le solicitó el divorcio a su esposo, un gesto que resultó escandaloso para los estándares de la época. Desde luego, Peter Andreas se rehusó, aunque la corte danesa terminó por permitir el divorcio, lo cual, por supuesto, fue mal visto por la buena sociedad de Copenhague. Años más tarde, cuando Thomasine se estrenó como novelista, tuvo que publicar sus obras bajo seudónimo, pues se estimaba que la profesión de escritora no armonizaba con la vocación de la mujer.

Cuando Johanne Luise Pätges (éste era su apellido de soltera) contrajo matrimonio con Heiberg, quien era casi veinte años mayor que ella, su fama como primera actriz del Teatro Real de Copenhague estaba ya cimentada. A pesar de esto, el padre de Heiberg, Peter Andreas, le aconsejó a Ludvig que no permitiera que su joven esposa mantuviera su profesión; una vez más, se juzgaba que la actuación empañaba la reputación de una esposa respetable. Por fortuna, Heiberg no estuvo de acuerdo con su padre.

De manera parecida, Mathilde Fibiger se enfrentó al rechazo general de la comunidad al practicar su arte. En su primera novela, *Clara Raphael* de 1851, Fibiger planteó la posibilidad de que las mujeres tuvieran acceso a la educación y a las mismas profesiones que los hombres. La novela fue el origen de una intensa controversia en la que participó la mayoría de la *intelligentsia* danesa, casi siempre para condenar la propuesta de Fibiger. Tal fue el rechazo frente a la novela que ni siquiera Heiberg pudo interceder en favor de su joven protegida.

Otro signo elocuente de la situación difícil con la que debían lidiar estas tres mujeres en la Edad de Oro es que, en la práctica, en Copenhague se les reconocía solamente por su relación con Johan Ludvig Heiberg. La posteridad ha olvidado sus nombres y, cuando se les recuerda, es por su vínculo indirecto con otra celebridad de la época, Søren Kierkegaard (1813-1855). En efecto, en *De los papeles de alguien que todavía vive* Kierkegaard elogió con entusiasmo la labor novelística de Madame Gyllembourg. Años más tarde, dedicó todo un libro, *Una reseña literaria*, a comentar la última novela de Gyllembourg, *Dos épocas*¹. En el caso de Johanne Luise Heiberg, Kierkegaard escribió un pequeño libro, *La crisis y una crisis en la vida de una actriz*, en el cual habla en términos sumamente positivos del trabajo de la *prima donna* danesa. También escribió una reseña sobre *Clara Raphael* de Fibiger, aunque nunca la concluyó.

Los lectores contemporáneos estudian con interés estas obras, pero su atención se concentra, de forma comprensible, en los conceptos e ideas desarrollados por Kierkegaard, no en el trabajo de Gyllembourg, Heiberg o Fibiger. Incluso cuando aparece algún análisis sobre las obras de alguna de estas tres mujeres, a menudo se hace en conexión con el pensamiento de Kierkegaard. No obstante, esto ofrece la ventaja de voltear nuestra mirada hacia autoras que de otro modo habrían pasado desapercibidas para nosotros, especialmente en el mundo hispanohablante².

* * *

El objetivo de esta edición de *Textos y contextos* es ofrecer un espacio para dar a conocer la importancia del pensamiento de algunas de las mujeres notables de la Edad de Oro de Dinamarca, además de explorar su relación con la obra de Kierkegaard. En el primer artículo, "*I Cannot Become Involved with This*": *Kierkegaard, Goldschmidt and Lodovica de Bretteville*, Nate Kramer analiza

¹ Es importante mencionar que Kierkegaard no estaba al tanto de que la autora era, en efecto, una mujer. Por este motivo, en estas obras se refiere a Madame Gyllembourg en masculino.

² Como es de esperar, no hay textos en español que estudien la obra y el pensamiento de Thomasine Gyllembourg, Johanne Luise Heiberg o Mathilde Fibiger. Tampoco existen, desafortunadamente, traducciones de sus obras. De hecho, la mayoría los estudios serios sobre el tema se encuentran en danés y, en consecuencia, su impacto es limitado. Una lectura indispensable y que se encuentra disponible en inglés es el libro de Katalin Nun, *Women of the Golden Age*. Cfr. Katalin Nun, *Women of the Golden Age. Literature, Theater and the Emancipation of Women*, Copenhagen: Museum Tusulanum Press, 2013. También es recomendable el clásico de Henning Fenger, *The Heibergs*, donde el autor dedica capítulos especiales a Madame Gyllembourg y a Johannes Luise Heiberg. Cfr. Henning Fenger, *The Heibergs*, trad. de Frederick J. Marker, Nueva York: Twayne Publishers, 1971.

la controversia iniciada con la publicación de la novela de Mathilde Fibiger, *Clara Raphael*, en la que se planteaba la cuestión sobre la emancipación de la mujer y su papel en la sociedad danesa. Dos interlocutores principales en esta polémica fueron el editor Meir Aron Goldschmidt —quizá mejor conocido por su virulento intercambio con Kierkegaard por el asunto de *El corsario*— y Lodovica de Bretteville. Haciendo uso del pensamiento de Kierkegaard, Goldschmidt rechaza las ideas de Fibiger, mientras que de Bretteville las defiende. Mientras tanto, el mismo Kierkegaard, a pesar de estar involucrado con algunos de los participantes de la controversia, decidió mantenerse al margen. Kramer explora también las causas de este silencio kierkegaardiano.

En el artículo *Thomasine Gyllembourg: Her Novel Two Ages and Kierkegaard's Concept of Levelling*, Troy Wellington estudia de forma paralela la novela de Gyllembourg, *Dos épocas*, y la reseña que Kierkegaard escribió sobre esta obra, colocando el énfasis en el concepto de la nivelación. Por lo regular, argumenta Wellington, se ha planteado sin demasiados rodeos que el concepto de la nivelación que se propone en la reseña es de inspiración puramente kierkegaardiana y que la obra de Gyllembourg tiene poco o nada que ver con esta idea. Wellington, en cambio, sugiere que la idea de la nivelación aparece ya en la novela de la escritora, lo cual nos invita a prestar más atención a la obra de Gyllembourg.

Por último, en el tercer artículo, titulado *A Feminist Critique of Kierkegaard's Literary Review of Thomasine Gyllembourg's Novel Two Ages*, Sylvia Walsh, quien es la principal especialista sobre la relación entre el feminismo y el pensamiento de Kierkegaard, realiza un estudio minucioso de la reseña de este sobre la novela *Dos épocas* de Madame Gyllembourg con el fin de distinguir en qué sentido la obra de Kierkegaard está en consonancia con el contexto conservador de su época y en qué sentido podría argumentarse que su análisis de *Dos épocas* y el papel de la mujer contribuye al feminismo.

F. Nassim Bravo Jordán